

NAVEGANTES DE INMENSIDADES

Capitán de Navío (R) Néstor A. Domínguez

Dedicado a la aventura de haber podido apreciar con el espíritu los horizontes celestes y blancos del mar y de la vida, marcados por miles de soles que nacieron y murieron continuamente, cada día y todos los días, en la infinitud de su línea de espacio y tiempo...

Entre el 20 de junio de 1938 y el 29 de enero de 2019.

Por el autor, 20 de junio de 2020.

Allá por el África Oriental comenzó un proceso muy singular hace millones de años. Ese proceso fue conduciendo a la aparición del *Homo erectus*, un antropoide que elevó su mirada en busca de horizontes cada vez más lejanos. Un animal que se fue transformando en un “habitante de inmensidades”, con inquietudes de conocimiento que lo llevaron a hurgar en los límites de ellas, en los inalcanzables horizontes que nunca llegó a ver ni tocar. Su “navegación”, motivada por esa búsqueda, lo ha hecho acreedor del calificativo que le he endilgado de “navegante de inmensidades”.

Durante los cincuenta milenios transcurridos desde el inicio de su expansión por el mundo (Wade, 2008¹ y Domínguez, 2008²), el *Homo* sufrió una transformación interna, subjetiva, motivada por su creciente y variado contacto con la naturaleza a través del uso de herramientas, que lo convirtió en el *Homo faber*, ese constructor de realidades artificiales.

En la inmensidad de los espacios se pierde la noción del tiempo físico y de la ubicación geográfica; sólo queda el latir de nuestro corazón, que nos marca el transcurrir del tiempo vital. Es así como aparece el horizonte temporal de una muerte que siempre se ve como lejana, pero que, a diferencia de los horizontes espaciales, se nos viene encima, sin saber qué hacer con nuestro espíritu. Cabe entonces preguntarse por una vida ultramundana en el seno de casi todas las religiones humanas.

Los navegantes de inmensidades conjugaron lo infinitamente grande (telescopio) con lo infinitamente pequeño (microscopio), y con lo infinitamente complejo (macroscopio de Pierre de Rosnay). Lo hicieron al ver las estrellas, al hurgar en el polvo que estaba bajo sus pies y realizar una introspección en su propio espíritu. El hombre en sí es infinitamente complejo y la dicotomía que expresa “El hombre frente al cosmos”, del filósofo Max Scheller, que dio origen a la antropología filosófica (1943)³, parece poner el *todo* ordenado, del cosmos griego, frente al *todo* desordenado, que es el cosmos en su imagen actual. El resultado fue la consciencia de que Dios, en realidad, juega a los dados con nuestra vida y destino, y que el cosmos no existe, ni en las estrellas ni en los granos de arena del desierto.

Me pregunto por qué los árabes inventaron el juego indeterminable del ajedrez y el por qué los gauchos han sido afectos al juego de la taba o de los dados. Ambas indeterminaciones tienen su fundamento en la misma indeterminación del desierto y de la pampa.

También me pregunto por su amor por la música, poesía y filosofía. Encuentro respuesta en que sus experiencias extremas entre el todo y la nada sólo pudieron ser expresadas a través de sonidos, metáforas o reflexiones en torno a un horizonte al que, en verdad, nunca se accedió.

Lo mismo pasa con los marinos lanzados tras inalcanzables horizontes y sujetos al juego de las olas que, en el azar de las tempestades, puede constituir la lápida azul de su propia tumba.

El Capitán de Navío (R) Néstor Antonio Domínguez egresó de la ENM en 1956 (Promoción 83) y pasó a retiro voluntario en 1983.

Estudió Ingeniería Electromecánica (orientación Electrónica) en la Facultad de Ingeniería de la UBA y posee el título de Ingeniero de la Armada.

Es estudiante avanzado de la carrera de Filosofía de dicha Universidad.

Fue asesor del Estado Mayor General de la Armada en materia satelital; consejero especial en Ciencia y Tecnología y coordinador académico en cursos de capacitación universitaria en Intereses Marítimos y Derecho del Mar y Marítimo del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada; y profesor, investigador y tutor de proyectos de investigación en la maestría en Defensa Nacional de la Escuela de Defensa Nacional.

Es académico fundador y expresidente de la Academia del Mar y miembro del Grupo de Estudios de Sistemas Integrados como asesor. Es miembro y Académico de Número del Instituto Nacional Browniano desde el año 2015.

Ha sido miembro de las comisiones para la redacción de los pliegos y la adjudicación para el concurso internacional por el Sistema Satelital Nacional de Telecomunicaciones por Satélite Nahuel, y para la redacción inicial del Plan Espacial Nacional.

Es autor de dos libros dedicados al conocimiento de los satélites artificiales y de otros libros, titulados: *Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable*, *Un enfoque sistémico de la Defensa* (en tres tomos), *Una imagen espacio-política del mundo y el arte de comprender la naturaleza*, entre otros, además de numerosos ensayos sobre temas del mar, electrónica, espacio ultraterrestre, ecología y filosofía publicados en revistas del país y del extranjero.

Los árabes del desierto, los gauchos de la pampa y los navegantes del mar fueron los “navegantes de inmensidades” en épocas de Sarmiento y él lo advirtió a su manera (Domínguez, 2012⁴). Pero ha sido la misma modernidad, que Sarmiento admiró, la que fue marcando la gradual atenuación de los efectos de su literatura y de su reflexión filosófica, en el seno de una sociedad argentina que él quiso educar y proyectar hacia un futuro mejor. La tecnología fue brindando recursos que alejaron al hombre de sus ámbitos naturales, pero hizo surgir otros navegantes de inmensidades con el ropaje de los aviadores, astronautas y cibernautas. Todos ellos deben reflexionar de manera parecida a sus ancestros en cuanto a otros ámbitos inmensos.

El caso de los cibernautas es particular, pues los suyo no es espacial; se trata de un espacio de información tan infinito como el desierto, la pampa o el mar, que deben navegar montados en el conocimiento. Esta es la única manera de tener un rumbo y llegar a buen puerto, creando nuevos conocimientos para que otros los usen con el mismo objetivo de interpretar la información y conocer la realidad.

Como una reflexión final de esta introducción, cabe decir que el afán de descifrar el cosmos, como un todo ordenado y que pretende la ciencia, no es más que otra navegación en otro desierto. La cuestión radica en que el *todo* no está ordenado, que Dios juega a los dados, y que nunca podremos ganarle la partida. Esto no es así porque haya cargado los dados, sino porque tienen infinitas caras y ruedan al azar en el universo.

Evolución histórica de estos navegantes

Los Tuareg

Los Tuareg cuentan con muy pocas cosas y las valoran con simpleza y profundidad. Nadie sueña con llegar a ser algo porque ya lo son. Son ellos mismos.

Luego de los primeros *Homos erectus*, quizás los árabes del desierto fueron los primeros en enfrentarse con la inmensidad de la naturaleza que nos rodea. La suya fue y es una inmensidad de granos de arena; granos que pueden expresar la pequeñez extrema de su espacio y del tiempo en las clepsidras. En el desierto parecen convivir todo el espacio y el tiempo, en la imagen del mundo que puede tener un Tuareg.

En la entrevista a uno de ellos, Moussa Ag Assarid, actualmente alumno de la Universidad de Montpellier, expresó aspectos de su vida en el desierto que contrastan fuertemente con nuestra vida ciudadana normal. Dijo que el término “Tuareg” significa “abandonado”, pero uno se pregunta realmente si esos 3.000.000 de seres que constituyen su población están abandonados cuando ellos piensan que están en “un lugar sin lugar”. Así es el desierto, y ello consiste en una manera de hallarse a ellos mismos. Cuentan con muy pocas cosas y las valoran con simpleza y profundidad. Nadie sueña con llegar a ser algo porque ya lo son. Son ellos mismos.

Cuando se pierden, el camello, que les sirve para navegar por el desierto, los lleva hasta donde hay agua. Se orientan, como los marinos, por el sol y las estrellas. La diferencia estriba en que ellos “navegan” hacia el agua por la arena, y los marinos lo hacen por el agua hacia la arena de las playas. Siempre el agua dulce es especialmente valorada por los Tuareg, como pasa con los náufragos.

Con sus camellos, los árabes unieron Oriente con Occidente desde mucho antes que Alejandro Magno difundiera la cultura griega, a través del proceso de helenización del Mundo Antiguo, desplegado entre Egipto y la India, y del nacimiento de Jesucristo. Él ansiaba unir Oriente con Occidente, un sueño que, pasados más de 2.200 años, no hemos logrado concretar.



Los “navegantes de inmensidades desérticas” entregaron sus conocimientos y experiencias a los “navegantes del mar”, y los grandes espacios vacíos fueron vencidos por el hombre a través de intereses, que fueron tanto comerciales como bélicos.

Los avances matemáticos y astronómicos necesarios para cruzar los desiertos y llegar a destino dieron inicio al pensamiento abstracto de la filosofía presocrática. En esto puedo mencionar a Thales de Mileto, el primer filósofo presocrático y creador de un teorema luego aprovechado en la geometría euclidiana, que perduró por miles de años. Además, sus adelantos astronómicos permitieron que los “kubernetes” que piloteaban naves en el Mediterráneo pudieran llegar a puerto luego de largas travesías. Los “navegantes de inmensidades desérticas” entregaron sus conocimientos y experiencias a los “navegantes del mar”, y los grandes espacios vacíos fueron vencidos por el hombre a través de intereses, que fueron tanto comerciales como bélicos.

Si imagináramos estar en el desierto y disponer de tres espejos, uno frontal y dos paralelos laterales, construidos en base a su misma arena como componente principal, podríamos tener una imagen frontal que nos muestre quiénes somos e infinitas laterales que nos darían la idea de estar en todas partes y en todos los tiempos. “Uno y el universo”, diría Ernesto Sábato (1948⁵). Yo y Dios en sendas imágenes. Pero la sensación, sin espejos, es que no somos nada ante la visión simultánea del desierto y las estrellas. Podemos ser infinito y cero, el Uno y el cero, alternativamente. Esto disuelve el “ser digital” de Nicholas Negroponte, basado en un silicio que también es arena y que reina en el Valle del Silicio (Silicon Valley) en EE.UU. de Norteamérica.

Los árabes, como todos los antiguos navegantes de inmensidades, además de astronomía y matemáticas, hicieron poesía. ¿De qué otra manera, que no fuera metafórica, podría ser expresada nuestra relación con la inmensidad? Alí Ahmad Said (según una traducción de María Luisa Prieto del árabe al castellano) expresó:

“El espacio es un límite que se debilita,
una ventana que se aleja,
y el día son hilos
que se cortan en mis pulmones
y cosen el cielo,
una piedra bajo mi cabeza,
todo cuanto he dicho de mi vida y de su muerte
se repite en su silencio”.

Nos remite al horizonte del desierto, siempre borroso e inalcanzable. Le pesan los días que el cielo incesantemente le marca, y el silencio reinante se nutre de todo lo que dijo sobre su vida y la muerte. Una vida y una muerte que sus arenas encierran. Sólo queda el silencio y el difuso horizonte. Esta es tan sólo una expresión poética de la vida del beduino o del Tuareg en el desierto, pero lleva tiempo lograr comprenderlos.

El marino siente y piensa lo mismo frente al mar: avanza siempre hacia el horizonte mirando la proa de su embarcación con la esperanza de intuir su futuro, un futuro de aire y sal que alimenta sus pulmones y sana sus heridas.

Los filósofos

Los históricos esfuerzos de los filósofos a través del tiempo tienen mucho que ver con esto: cuanto más sabio es un hombre, más sensación de ignorancia tiene.

No por nada los primeros filósofos, los presocráticos, fueron árabes y semitas que varios siglos antes de Cristo se ubicaron en polis costeras del Mediterráneo, donde se juntaban las inmensidades del desierto y el mar.

Fue así como uno de los filósofos presocráticos, Anaximandro de Mileto, resumió la naturaleza toda en la expresión en griego ático το άπειρον, “lo infinito, lo inmenso, lo que todo incluye, lo que todo gobierna” (Pabón S. De Urbina, 1967⁶). Otros lo hicieron con los cinco elementos: la tierra (Empédocles de Acragas), el agua (Tales de Mileto), el aire (Anaxímenes de Mileto), el fuego (Heráclito de Éfeso) y el éter (Anaxágoras de Clazomene y, luego, Aristóteles).

El desierto y el mar eran para ellos una continuidad infinita hacia horizontes que los unían con el cielo; el sol durante el día, y las estrellas durante la noche.

El primer filósofo propiamente griego de Atenas, Sócrates, conocido a través de los escritos de Platón, condensó su filosofía en las siguientes palabras: “Sólo sé que no se nada”. Por esta expresión fue reconocido por el oráculo de Delfos como “el más sabio de los hombres”. Me imagino a este gran filósofo antiguo parado en un desierto de ignorancia, mirando al horizonte de la verdad y tratando de alcanzarla. Tales impulsos le costaron la vida y, a partir de entonces, fueron demasiados los hombres que perdieron la vida en sus intentos de saber algo y huir de ese desierto de la ignorancia.

Lo expresado verbalmente por Sócrates también me lleva a considerar algo escrito muchos siglos después por John R. Pierce, en el prefacio de su obra *Ciencia, arte y comunicación* (1971⁷), titulado “En elogio de la ignorancia”. Dice allí lo siguiente: “El libro no eliminará la ignorancia del lector de ninguna manera. Espero que aumente su conciencia de lo que no sabe y de lo que no comprende; es decir que amplíe su ignorancia”. Los históricos esfuerzos de los filósofos a través del tiempo tienen mucho que ver con esto: cuanto más sabio es un hombre, más sensación de ignorancia tiene. La búsqueda de la verdad traza un horizonte de líneas abiertas al que todos ellos desean llegar, aunque saben que nunca lo lograrán. Al avanzar hacia él crecen sus ansias de alcanzarlo hasta que la muerte los sorprende, y deja de latir un corazón que alimentaba un cerebro privilegiado por sus insondables deseos de conocimiento y sabiduría. Esta es la razón por la cual incluyo a los filósofos entre los “navegantes



Fuente: *La Escuela de Atenas* de Rafael Sanzio (Galería Vaticana). En el centro de la escena, Platón apunta hacia arriba, hacia el Mundo de las Ideas, y Aristóteles, con su “Ética a Nicómaco” en la mano izquierda, le habla de las cuestiones terrenales de la $\delta\omega\gamma\alpha$ (“el saber popular”). Allí están también Sócrates, Parménides y todos los filósofos antes mencionados. Todos ellos tuvieron grandes horizontes para un pensamiento sin límites y sintieron la nada en sus cuerpos.

de inmensidades”; el medio en el que se desplazan es el de la ignorancia y el horizonte es el de la verdad; su sed de conocimiento no tiene límites y su “camello” es la razón. Al igual que los otros navegantes, saben que nunca llegarán al horizonte de la verdad, pero siguen avanzando sobre la ignorancia y gracias a ella.

René Descartes usó la duda metódica para dar pasos firmes en ese ambiente esquivo de la ignorancia y, a partir del cogito “pienso, luego existo” (1945)⁸, llegó a conocimientos que aún hoy son válidos a través, del impulso que nos dio la modernidad.

Nuestro filósofo, Santiago Kovadloff (2009)⁹, escribió:

“Así como todos los océanos
 Son un solo océano, así también el hombre
 Y la Tierra son un solo ser. El destino de
 Uno es el del otro. La gracia de la Tierra
 Ha sido también la gracia del hombre.
 De igual modo, la desgracia de la Tierra
 Y su agonía son nuestra desgracia y agonía”.

Y con sus pensamientos, me hacen recordar algo que ya escribí hace años (Domínguez, 1996)¹⁰.

La búsqueda de la verdad traza un horizonte de líneas abiertas al que todos ellos desean llegar, aunque saben que nunca lo lograrán. Al avanzar hacia él crecen sus ansias de alcanzarlo hasta que la muerte los sorprende...

Los gauchos

El gaucho fue un navegante de las inmensidades de la pampa argentina, que, montado en su caballo, la recorrió sin los límites alambrados del progreso. Cuando este trajo los alambres para proteger las propiedades rurales su libertad se vio limitada. Esto fue algo que no pasó con sus primos hermanos, los árabes: no hay propiedades en el desierto salvo que abajo haya petróleo.

Decía José Hernández, en *Martín Fierro* (1967)¹¹, un libro que expresa las vivencias y sentimientos de los gauchos argentinos:

“Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo”.

En épocas en que estábamos más preocupados por los ríos que por el mar, Estanislao del Campo, poeta gaucho, escribió, en su obra *Fausto* (1844)¹², las siguientes impresiones del gaucho Anastasio “El Pollo”:

“¿Sabe que es linda la mar?
- ¡La viera de mañanita
Cuando a gatas la puntita
¡Del sol comienza a asomar!
Usté ve venir a esa hora,
Roncando la marejada,
Y ve la espuma encrespada
Los colores de la aurora”.

Pero, como lo expresó Domingo Faustino Sarmiento, los gauchos tenían gran respeto por el mar. Él mismo pensaba que nuestra flota de guerra debía defender los ríos para evitar bloqueos como los que ya habían ocurrido. Luego, la evolución de la Marina de Guerra, a la que él mismo dio impulso, incursionó por los mares del sur en paralelo con la Campaña del Desierto del General Julio Argentino Roca y, al unir ambos desiertos, el pampeano patagónico con el marino austral, dio inicio al logro de que la Patagonia fuera argentina (Dominguez, 2012)⁴. Muchos de los flamantes marinos argentinos fueron gauchos que antes habían transitado las pampas y, algunos, habían captado su lindeza, como lo hizo Anastasio “El Pollo”.

Todo esto sirve de introducción a los siguientes navegantes tradicionales:

Muchos de los flamantes marinos argentinos fueron gauchos que antes habían transitado las pampas y, algunos, habían captado su lindeza, como lo hizo Anastasio “El Pollo”.

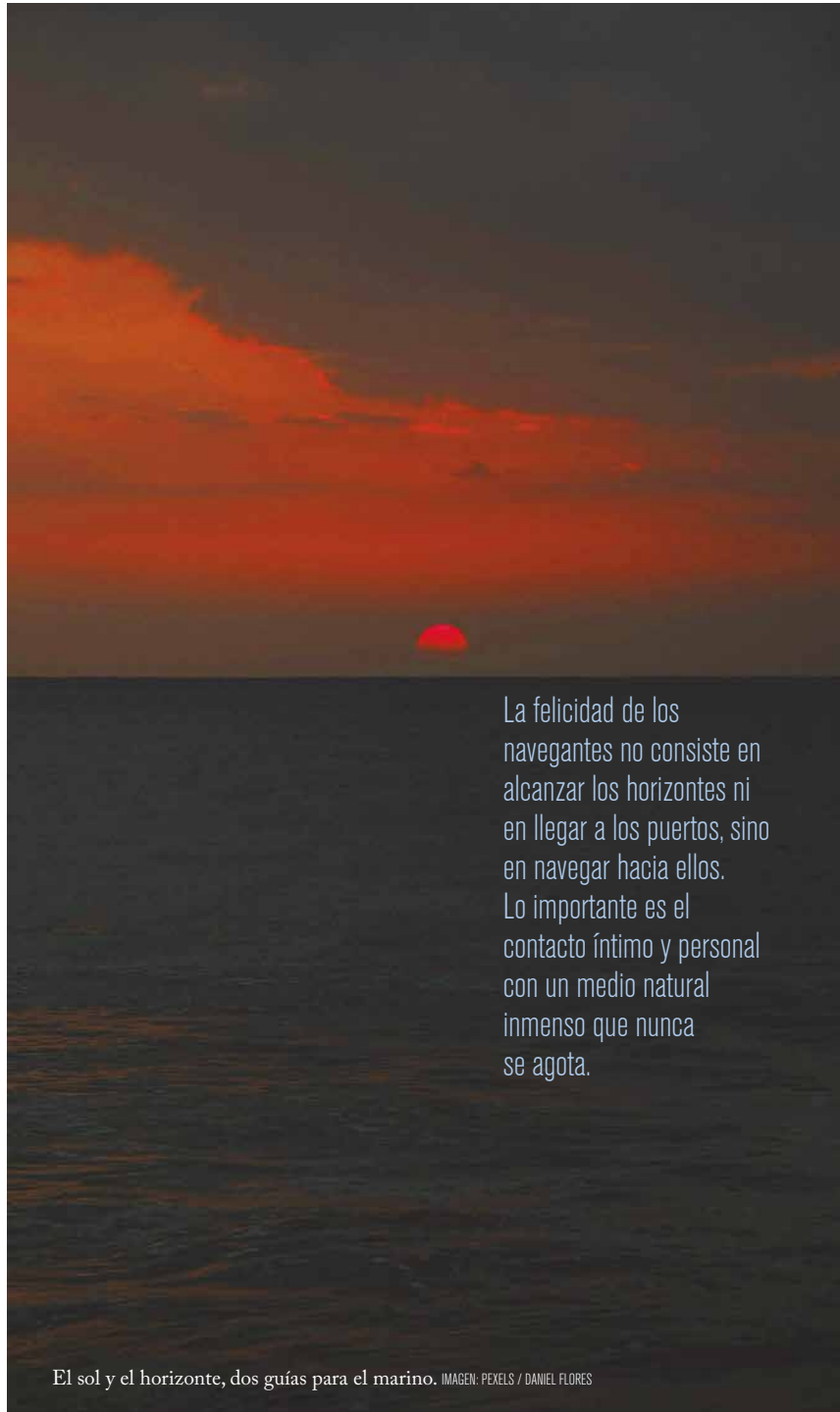
Los marinos

El verbo *navegar* se originó en el contacto del hombre con el mar en búsqueda de nuevos horizontes. Los horizontes nunca fueron alcanzados, y lo mismo pasa y pasará con los horizontes que buscan los nuevos navegantes. La felicidad de los navegantes no consiste en alcanzarlos ni en llegar a los puertos, sino en navegar hacia ellos. Lo importante es el contacto íntimo y personal con un medio natural inmenso que nunca se agota.

Los marinos siempre han querido saber con exactitud su posición en el mar, saber dónde están y, a partir de ello, saber dónde ir. El Sol, la Luna y las estrellas han sido sus aliados para resolver la cuestión junto con las matemáticas, la astronomía y los instrumentos, cada vez más precisos: el sextante y el cronómetro marino fueron determinantes. Luego hubo recursos electrónicos y, finalmente, satelitales, para resolver la cuestión.

Otro aspecto a considerar fue el de comunicarse con los afectos lejanos que quedaron en el puerto o en otros lugares del mundo. Los primeros esfuerzos del ingeniero Guillermo Marconi fueron orientados a comunicar a los navegantes entre sí y con los afectos lejanos en tierra. En esto, cabe recordar su influencia en el rescate de los naufragos del desastroso hundimiento del transatlántico *Titanic* (Reggini, 1998)¹³.

Pienso que todos los oficiales de marina, lectores de este Boletín del Centro Naval, tienen esto bien claro: son navegantes de inmensidades, aunque no se hallan percatado de ello, y comulgan con los sentimientos que me invaden e impulsan a escribir este artículo. Es a ellos a los que prioritariamente dedico este artículo, porque sé lo que vienen sufriendo y lo que han sufrido los que patrióticamente han combatido por nuestra independencia, libertad y el colonialismo aún vigente. No puedo olvidar en particular nuestra Revolución Libertadora, en la que combatí en el destructor ARA *Cervantes* (año 1955), siendo entonces cadete de 4º año de la Escuela Naval Militar, y el crucero ARA *General Belgrano*, que tripulé 12 años antes de su hundimiento, y, ya en el siglo XXI, el hundimiento del submarino ARA *San Juan*, que visité en el año 2004 con mis compañeros ya retirados, y otros compañeros y sus mujeres del Ejército y la Fuerza Aérea.



La felicidad de los navegantes no consiste en alcanzar los horizontes ni en llegar a los puertos, sino en navegar hacia ellos. Lo importante es el contacto íntimo y personal con un medio natural inmenso que nunca se agota.

El sol y el horizonte, dos guías para el marino. IMAGEN: PEXELS / DANIEL FLORES

Quizás sea la poesía la que pueda hacerlo mucho mejor, a través de lo expresado por el poeta Luis E. Prieto, desde la Playa de Barrosa, en Cádiz (España), quien escribió en el año 2000 lo siguiente:

“Cuando el sol
acaricia el horizonte de tu cuerpo
y la brisa se esconde
a dormir en la penumbra de las dunas,
poco antes de que lo oscuro
te acune y te proteja,
en el mágico intervalo de minutos
en que el día se viste
con el negro hondo de la noche,
entonces, mi mar, entonces,
me sobran las palabras
y me hago de espuma y de salitre...”

Los aviadores

A diferencia de los navegantes del desierto y del mar, sus experiencias en el aire son cortas de tiempo y eso hace que muchas veces no puedan disfrutar adecuadamente de la inmensidad. La gran cantidad de aparatos y controles que los rodean distraen su atención respecto a la enormidad que enfrentan desde sus cabinas de comando. Hay poco tiempo para la meditación y para dejarse llevar por el éxtasis...

Los aviadores, al igual que los submarinistas, navegan en tres dimensiones. Ellos ven el horizonte mucho más lejos, y hasta llegan a apreciar la curvatura de la Tierra. También su velocidad es muy superior que la de los móviles terrestres y de ello depende su sustentación en el aire. Ese aire que el hombre usa para respirar, pero que no puede usar para volar. En el mar, por lo menos, puede nadar por un tiempo.

En la medida que aumenta la altura, el aire se enrarece y falta la sustentación. Esto hace que las alturas alcanzables sean limitadas.

A diferencia de los navegantes del desierto y del mar, sus experiencias en el aire son cortas de tiempo y eso hace que muchas veces no puedan disfrutar adecuadamente de la inmensidad. La gran cantidad de aparatos y controles que los rodean distraen su atención respecto a la enormidad que enfrentan desde sus cabinas de comando. Hay poco tiempo para la meditación y para dejarse llevar por el éxtasis que sí prodigan el desierto y el mar en los largos tránsitos, sobre todo cuando son nocturnos. A veces el piloto automático les da más tiempo para sumirse en estas experiencias, pero siempre el sentido de la responsabilidad por sus pasajeros y el mismo avión que lo sustenta lo tienen presente.

Algunas frases de un ilustre navegante francés de las inmensidades del aire, Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944), nos permiten introducirnos un poco en sus reflexiones de piloto y escritor, en relación con nuestro tema:

“El mundo entero se aparta cuando ve pasar a un hombre que sabe adónde va”.

“Lo que embellece al desierto es que en alguna parte esconde un pozo de agua”.

“Sólo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible para los ojos”.

“El hombre se descubre cuando se mide con un obstáculo”.

“Para ver claro basta con cambiar la dirección de la mirada”.

“El fracaso fortifica a los fuertes”

“Si al franquear una montaña en la dirección de una estrella, el viajero se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada, se arriesga a olvidar cual es la estrella que lo guía”.

“La huida no ha llevado a nadie a ningún sitio”.

Todas estas frases nos revelan las inquietudes espirituales de un gran buscador de horizontes aéreos.

Los astronautas

No cabe duda de que las experiencias de los astronautas son muy especiales. Ellos, más que ver los horizontes de la Tierra, la han llegado a ver como otro astro en el universo, el cual pareciera ser su horizonte.

Sus velocidades son incomparables con las desplegadas en el ámbito de la Tierra y todo ello los ha llevado a expresarse de manera muy singular. Oportunamente se celebró el Día de la Tierra, recordando las frases que dijeron los astronautas al ver la Tierra desde el espacio:

- “Es el único color que puedes ver en el Espacio” - Bill Anders, Apollo 8;
- “A 360.000 km aprecias lo frágil que es...” - Jim Lovell, Apollo 8 y 13;
- “Una belleza tan pura que se me saltaron las lágrimas” - Anousheh Ansari, el turista espacial;
- “Ves lo fina y delicada que es la atmósfera que nos permite vivir” - John Glenn, primer astronauta norteamericano;
- “Por favor, cuidado de la nave espacial Tierra”, del astronauta Wally Schirra.



Antoine De Saint-Exupéry en su avión.



La Tierra en el horizonte de la Luna desde la singular visión de un astronauta. IMAGEN: NASA

Los astronautas vieron “nuestro todo”, que en realidad es de la naturaleza terrestre, y no me cabe duda de que se sintieron como algo muy pequeño frente a tal inmensidad.

Ellos vieron “nuestro todo”, que en realidad es de la naturaleza terrestre, y no me cabe duda de que se sintieron como algo muy pequeño frente a tal inmensidad. Carl Sagan, que trató a la Tierra como un “punto azul pálido” (Sagan, 1994)¹⁴, podría haber dicho que ellos y sus naves espaciales no fueron más que algo mucho más diminuto que un punto orbitando alrededor de otro punto. Esta es la realidad del hombre en un espacio ultraterrestre que vanidosamente pretendemos considerar como de “Patrimonio Común de la Humanidad” (Domínguez, 2014)¹⁵.

Los cibernautas

Son los que navegan más rápido, pero no pueden mirar al costado, sino sólo a su destino.

Carlos Guyot, en un corto artículo curiosamente titulado “Aprender a aprender en un océano de data” (2012)¹⁶, nos dice que el “tsunami de los datos”, según IBM, consiste en que cada día generamos 2,5 quintillones (un uno seguido de 30 ceros) de bytes. Los que cada uno de nosotros genera, alguno los registra y los guarda. Es así como el 90% de los datos generados en el mundo lo fueron en los últimos 24 meses y así siguiendo...

En otro artículo, “Internet será tres veces más rápido”, José Cretaz (2012)¹⁷ nos extiende un espectro de capacidades de memoria que va de 1 kilobyte (10 bytes)³ hasta 1 zettabyte (10 bytes)²¹, apuntando a yottabytes (10 bytes)²⁴ y pasando por los más conocidos, megabyte, gigabyte y terabyte, y nos promete velocidades de 8 megabytes por segundo para la navegación en Internet del año 2016. Evidentemente, estamos y estaremos cada vez más implosionados de datos y seremos cada vez más incapaces de asimilarlos.

Su selección nos sumirá en un espacio de ignorancia cada vez más profundo, y será necesario, más que nunca, que alguien piense en nuestro futuro con amplitud de miras. En cualquier navegación, cuando se va muy rápido, se hace preciso tener muy claro los rumbos a adoptar y, sobre todo, cuál es el puerto de llegada.

Así se emprende y desarrolla la navegación de los cibernautas, en un eterno “tsunami de datos”, que ni siquiera los moja, pero que los desconcierta. Entre tales volúmenes de bytes buscan sólo unos cuantos, y lo maravilloso es que los encuentran. Así están informados de algo que pasó y pueden incluir esa información en un conocimiento creciente, o sólo interesarse en acumularla por un instante, o algo más, en el tiempo. Luego, se empeñan tan sólo en actualizarla de la misma manera y sin dar un sentido a tamaña “navegación” en tan grande “océano”.

Desde un punto de vista ético, sus “puertos” pueden ser buenos o malos, constructivos o destructivos, etc. Pueden aportar información con fines estéticos e imaginativos, o ser parte de algo totalmente alejado de tales fines. En general, podemos decir que tal navegación, por un mundo virtual y fácilmente manipulable, los puede conducir al enriquecimiento o a la perversión del mundo real que los rodea. Esto ya no será fácilmente modificable; aparecerá una valla difícilmente superable entre el mundo real y el virtual del ciberespacio.

Todos los navegantes de inmensidades han deseado llegar a “puerto”. El problema está en cuál es la categoría del puerto al que arriban y en la velocidad con que lo hacen.

En la descripción histórica que he encarado, se han incrementado tanto los abanicos de opciones “portuarias” como lo han hecho las velocidades de arribo. Los marinos sabemos que todo esto hay que seleccionarlo adecuadamente para ajustar la derrota y los correspondientes rumbos para no hundirnos, al chocar con un muelle real o una piedra, o quedar atrapados en una varadura. Los algoritmos son apetecibles (Harari, 2016)¹⁸, pero nunca podrán

Todos los navegantes de inmensidades han deseado llegar a “puerto”. El problema está en cuál es la categoría del puerto al que arriban y en la velocidad con que lo hacen.

ocupar nuestro lugar en el mundo. La realidad no es manipulable con botones: los famosos “modelos” de computación con los que se quiere representar la realidad natural y social no son más que expresiones de un mundo virtual, parecido al mundo de las ideas platónico o a las veleidades políticas de todo nivel. Platón decía que el mundo real era una mala copia de su mundo ideal, y ello llevó a múltiples desajustes durante la Edad Media temprana (como la disputa por “los universales”), hasta que en el siglo XIII se impuso la filosofía aristotélica, y se dio cabida a las universidades y a la ciencia moderna.

Algunas expresiones de cibernautas que no se dieron a conocer versan así:

“Cibernautas: navegáis por el espacio interactivo, pero no olvidéis que además de ser virtuales, somos seres humanos” (autor anónimo).

“Los cibernautas realizan los viajes más solitarios, con la falsa esperanza de encontrar una tripulación” (autor anónimo).

“Los viajes más solitarios son realizados por los cibernautas” (autor anónimo).

Así se concibieron las llamadas “42 frases típicas de los cibernautas”; las originaron algunos de ellos que se han sentido solos en el ciberespacio y no han querido enemistarse con sus colegas. Si bien la cibernautica ha permitido avanzar hacia el desiderátum de las telecomunicaciones que, en una acepción libre, expresa que es la posibilidad de que cualquier ser humano ubicado en cualquier lugar pueda telecomunicarse casi instantáneamente con otro ubicado en otro sitio, el problema es que el desiderátum de la comunicación nunca podrá ser alcanzado de la misma manera, y ello es tan humano como limitativo. Plantea la diferencia entre la telecomunicación, mediada por máquinas, respecto a la comunicación humana, que es directa y natural. Esto tiene que ver con la inalcanzable globalización que muchos dan por hecha, pero que nunca llegará a producirse completamente. Mejor que así sea luego de la “globalización” del COVID-19, empleando los buques y aviones que usamos para “globalizarnos”.

Pero debemos admitir que el tsunami de información que permanentemente afrontan los cibernautas muchas veces es motivado por el amor, y este sentimiento es tan fuerte que no hay distancias, velocidades o inclemencias marinas o aéreas que los intimiden.

Si queremos sobrevivir en esta Tierra debemos admitir que somos naturales, y que debemos cumplir con las limitaciones que la naturaleza nos impone, junto con las leyes que una legislación global debiera imponer a los “ciudadanos del mundo”.

Conclusiones

Salvo el caso de los filósofos, que usaron la tecnología sólo para pensarla, el devenir histórico de los navegantes de inmensidades estuvo signado por un uso creciente de recursos, primero animales y luego tecnológicos.

Las expresiones de las experiencias vividas también vinieron cambiando de un lenguaje poético, enriquecido con imágenes y metáforas, hacia otro propio de una prosa sujeta a las normas del lenguaje, según las cuales debe haber cierta lógica en la estructura gramatical de las oraciones, y las imágenes y metáforas usadas pierden intensidad poética por ser necesario que sean más evidentes dentro del contexto.

La “navegación” de los árabes en sus camellos, y de los gauchos en sus caballos, es servida por el impulso natural de los seres vivos que se desplazan. La navegación de los mari-

Debemos admitir que el tsunami de información que permanentemente afrontan los cibernautas muchas veces es motivado por el amor, y este sentimiento es tan fuerte que no hay distancias, velocidades o inclemencias marinas o aéreas que los intimiden.

nos, aviadores y astronautas se hace gracias a una “caparazón tecnológica” (Domínguez, 1990)¹⁹, que consiste en una máquina que cubre y protege al hombre, a la vez que lo va apartando crecientemente del medio natural que los envuelve. Los recursos tecnológicos y las velocidades alcanzadas pueden ahogar las sensaciones, percepciones directas y la inspiración poética que ellas suelen engendrar en los espíritus artísticos, y lo espiritual se va muriendo en aras de lo tecnológico. Las musas se mueren y se apela a recursos metatécnicos (Vallanilla, 1993²⁰ y Domínguez y Bloch, 2010²¹), que amplían tanto nuestro mundo que nuestros sentidos se ven rebasados y condicionados por teorías científicas y tecnologías que bullen en nuestros cerebros. Todo eso tiene poco de poético y es así como los espíritus sensibles, de estos tres tipos de navegantes, recurren cada vez más a la prosa antes que a la poesía, y usan términos propios de las ciencias y tecnologías para expresarse. Lo humano queda encapsulado en su correspondiente “caparazón tecnológica”. En esto, como en todo, hay honrosas excepciones.

El desiderátum de este cambio lo hemos producido los cibernautas por el simple hecho que ya estamos totalmente fuera de la naturaleza, y nos desplazamos a tal velocidad, por el ciberespacio, que ya no sabemos ni donde estamos ni para que nos estamos comunicando. Las nociones del espacio geográfico y del tiempo se diluyen en velocidades que exceden nuestras capacidades perceptivas y, muchas veces, cognitivas. La naturaleza que vemos en nuestras pantallas aparece como algo totalmente irreal y manipulable. La poesía, si bien puede ser consultada, se ausenta de los espíritus y la prosa se simplifica e inunda de una jerga que atenta directamente contra la sensibilidad y la comprensión humana.

Los árabes y sus camellos usan y usaron aproximaciones astronómicas y matemáticas para orientarse en el desierto, pero son las capacidades de ubicación y desplazamiento de sus camellos los que, aparte de sus capacidades personales, les permiten y permitieron encontrar siempre el camino. En esto no hubo tormentas de arena y otros cambios naturales que pudieran afectar su sentido de orientación. Algo parecido ha sucedido con los gauchos y sus caballos.

Los marinos fuimos incorporando más tecnología, observaciones astronómicas y conocimientos matemáticos más amplios para resolver nuestros problemas. La cuestión de la longitud geográfica estaba ligada a un conocimiento del tiempo con una precisión que costó mucho alcanzar a través de cronómetros marinos confiables. Los sentidos de orientación naturales propios no pudieron conjugarse con los de su medio de transporte; las embarcaciones, los barcos y los buques ya no fueron recursos naturales con capacidad de orientación propia, sino recursos tecnológicos producidos por las ingenierías naval, mecánica, eléctrica y electrónica de complejidades crecientes.

Los aviadores siempre estuvieron más jugados por la tecnología aeronáutica; el volar es algo distinto que el flotar, el hombre puede flotar, pero no volar de por sí. De todas maneras, tanto el mar como el aire son medios naturales bastante impredecibles, y en esto se diferencian del desierto. El aviador agrega una tercera dimensión que, en algunos casos, le resulta fatal.

Los astronautas aparecen como totalmente jugados en manos de la tecnología espacial y la complejidad de las naves espaciales, y su control es tal que muchos aspectos de su navegación ya no dependen de ellos, sino de recursos externos operados desde centros espaciales. Las velocidades y los tiempos puestos en juego requieren de una precisión antes desconocida para poder operar según las leyes de la dinámica, la electrónica y la termodinámica a carta cabal. Pequeños desajustes pueden atentar contra su vida, y la corta historia espacial tiene muchos ejemplos al respecto.

Los cibernautas ya dependen casi totalmente de la tecnología. La electrónica, la computación digital, la telemática, la geomática y muchas otras disciplinas, ampliamente relacionadas

La “navegación” de los árabes en sus camellos, y de los gauchos en sus caballos, es servida por el impulso natural de los seres vivos que se desplazan. La navegación de los marinos, aviadores y astronautas se hace gracias a una “caparazón tecnológica” que consiste en una máquina que cubre y protege al hombre, a la vez que lo va apartando crecientemente del medio natural que los envuelve.

entre sí, los sumen en un mundo virtual del cual ya es bastante difícil salir. La cibernautica es como una droga que a veces se la consume para huir de la realidad cruel del mundo actual.

Como vemos, los navegantes de inmensidades vienen pasando desde ámbitos puramente naturales a otros virtuales; de lo analógico natural a lo digital virtual, del ser analógico al ser virtual, del mundo real aristotélico al virtual del mundo de las ideas platónico.

Todos estos navegantes y habitantes de las inmensidades, de alguna manera, lograron conjugar en sí mismos el todo que enfrentaban con la nada que se sentían ser en el mundo. Esa era y es su imagen del mundo dentro de su inmensa variedad de formas individuales que tienen tales imágenes. En definitiva, un punto en el universo de todos los puntos: el infinito y el cero; el Uno de Parménides (Kirk y Raven, 1981)²² y la nada de los nihilistas (Massuh, 1976)²³. No por nada fueron los árabes los que tomaron el cero, concebido por los indios (de la India), para su sistema decimal, a diferencia del sistema numérico romano que contaba a partir del uno. Al cumplirse los 2.000 años de la era cristiana, nos preguntábamos si había que esperar un año más para festejar el año 2000 porque supuestamente se le había asignado el “I” romano al nacer.

El mundo digital de infinitos ceros y unos del “ser digital” de Nicholas Negroponte (1995)²⁴ se disolvió, ya en el pasado, en los pies clavados en la arena del desierto de los tuaregs. Todos los navegantes de inmensidades vieron y verán los grises y todos los colores; respiraron y respirarán como los dioses, el éter de la inmensidad, y murieron y morirán mezclando sus cenizas entre el polvo cósmico. Ellos conjugan el ser con el deber ser y viven en un escenario que es la belleza en sí. Viven en un amplísimo lugar en que la metafísica, la ética y la estética se unifican en una única verdad. Su reflexión es la de toda la filosofía porque, aún sin quererlo, conviven con la verdad.

Su vida, como todo lo efímero, navega por el río de Heráclito (Kirk y Raven, 1981)²⁵, cambia permanentemente como el río y también lo hace el que lo navega, hasta que la aceleración de los tiempos los corrompe y disgrega en los vórtices de las mismas aguas que le permitieron la vida. Pero esa vida es sólo la biológica, no así la espiritual que los trasciende.

Hay algo en todo esto que esconde la clave de la infinitud que los navegantes de inmensidades logran presentir. Hay horizontes que nadie logra traspasar para ver que hay más allá. Son líneas abiertas y difusas que escapan a la geometría y a la razón: son cuadros sin marco que ningún pintor pudo ni podrá pintar, universos que ningún escritor logrará describir nunca, ni con sus mejores metáforas. Parece que se oye una música de esferas celestes que ningún músico podrá interpretar...

La imagen de Dios o de la naturaleza surge por detrás de los horizontes, y muchos navegantes de inmensidades se arrodillan y rezan con la esperanza de seguir viviendo en el más allá de un horizonte que nunca alcanzaron y en el que, de seguro, serán arrastradas las cenizas de sus cuerpos por el río de un Heráclito que, no por nada, llamaron “el Oscuro”.

Estas incursiones cada vez más amplias nos crean la ilusión de llegar a los límites del universo, al horizonte de todos nuestros horizontes, que contiene un todo equilibrado y limitado, según Albert Einstein, que nos plantea otra pregunta sobre el más allá del mismo universo. Son la ciencia y la tecnología las que nos han permitido avanzar hacia lo infinitamente grande, hacia la inmensidad, y en un camino que parece no tener retorno, como lo marcan los telescopios y el tiempo.

Simultáneamente, hemos avanzado hacia lo infinitamente pequeño tras la luz y la visión de los microscopios, y esto nos plantea otra “navegación hacia las inmensidades de universos cada vez más pequeños”, en los que la biología, la ingeniería genética, la nanotecnología, etc.,

Todos los navegantes de inmensidades vieron y verán los grises y todos los colores; respiraron y respirarán como los dioses, el éter de la inmensidad, y murieron y morirán mezclando sus cenizas entre el polvo cósmico.

y la misma filosofía, buscan otros nuevos horizontes. Esto no lo trato aquí y quizás lo haga en un escrito posterior.

Pero ocurre que las navegaciones a las grandes y las pequeñas inmensidades nos han permitido abrir las puertas de una naturaleza que se nos muestra como infinitamente compleja y desordenada. Nuestras pretensiones de orden se ahogan en imprevistas manifestaciones de un caos que se debate entre el orden y el puro azar. Para esta nueva investigación, Joel De Rosnay (1977)²⁶ nos sugiere el macroscopio, un raro instrumento para hurgar en la complejidad. Surgen así las ciencias y las tecnologías que pretenden ordenar la complejidad del mundo: la sistémica, la cibernética, la teoría del caos, los fractales, la nanotecnología, etc.

La dimensión tiempo, esa cuarta dimensión que tiene que ver ni con las tres infinitudes antes marcadas (de lo grande, lo pequeño y lo complejo), la tenemos siempre presente, porque pone frente a nosotros la inexorabilidad de la muerte y la remembranza del pasado que fue. Influye en todo espacio, desde el año luz hasta el ángstrom (A°), y más allá y más acá, mediante la arbitrariedad de los millones de años y el picosegundo (10^{-12} de segundo). Esta dimensión tiene que ver con otra de las ciencias de la complejidad: la prospectiva (François, 1992)²⁷. Según esta nueva ciencia, que tiene más de arte que de ciencia, debemos tener una actitud proactiva. Esto no significa sólo tomar la iniciativa, sino asumir la responsabilidad de hacer que las cosas sucedan; decidir en cada momento lo que queremos hacer y cómo lo vamos a hacer, y asumir las consecuencias futuras de lo hecho. Debemos hacerlo desde cada presente para construir el futuro de manera adecuada. Para esto, no podemos tener un objetivo que sea propio de una actitud moderna antropocéntrica, sino que deberá responder a una actitud biocéntrica, en la que todas las formas de vida del planeta sean tenidas en cuenta, incluyendo, por supuesto, la humana (Domínguez, 1996)¹⁰.

El verdadero navegante encuentra su satisfacción en apuntar hacia horizontes que sabe que no puede alcanzar; es así como siempre desea seguir navegando hacia ellos sin parar. Lo suyo no es llegar a un puerto, sino disfrutar de la navegación, ser feliz navegando.

El problema general radica en hasta donde pensamos llegar con nuestra indagación sobre el mundo en que vivimos y sobre nosotros mismos. En esto es la filosofía, la religión y la sistémica junto con sus historias las que tienen la palabra. En particular, es la antropología filosófica la que investiga sobre nuestro ser en el mundo a partir de “El puesto del hombre en el cosmos”, de Max Scheller (1943)³. Platón marcó el camino de lo infinitamente grande y Aristóteles el de lo infinitamente pequeño (ver el cuadro de Rafael Sanzio *La Escuela de Atenas*, de la Galería Vaticana, en el que Platón apunta hacia el cielo y Aristóteles lo hace hacia la Tierra), y muchos filósofos posteriores reflexionaron sobre la complejidad creciente del mundo en que vivimos y, entre ellos, fue Scheller el que se preguntó “¿qué haremos ante un todo ordenado?”. La cuestión radica ahora en ¿qué haremos ante un todo desordenado que pretendimos ordenar? Se trata de otra antropología filosófica a desarrollar, y que debe partir de la base de que la naturaleza es desordenada, y que no podemos hacer otra cosa que aceptarla tal cual es, porque no hay duda de que somos parte de ella: los navegantes de inmensidades siempre lo han afirmado.

Quizás a algunos lectores les habrá quedado un punto sin aclarar: el de la definición de lo que son los “navegantes de inmensidades”. En principio, debo decir que son múltiples las inmensidades a las que el hombre puede aspirar a alcanzar, entre ellas, puedo mencionar las siguientes: sabiduría, conocimiento, poder, dinero, posición social, triunfo profesional, etc. Cualquiera de ellas es un puerto de llegada y una satisfacción personal, pero cualquier persona que pueda ser un navegante en sentido amplio se preguntaría: ¿y después qué? El verdadero navegante encuentra su satisfacción en apuntar hacia horizontes que sabe que no puede alcanzar; es así como siempre desea seguir navegando hacia ellos sin parar. Lo suyo no es llegar a un puerto, sino disfrutar de la navegación, ser feliz navegando.

Alguien podrá decir que eso a nadie lo satisface, sino que el verdadero interés humano está en alcanzar una determinada posición en la vida. Se equivoca: por suerte, hay seres humanos que son auténticos navegantes de inmensidades, y no me caben dudas de que la sociedad los

necesita, pues son los que siempre tienen proyectos y que no aceptan la posición de *dasein*, de estar “yecto” en el mundo, lo que nos informa la sabiduría de Martin Heidegger en su relación con el hombre común (1977)²⁸. Es así como los “navegantes de inmensidades” son tan ilimitados e indefinibles como los horizontes que persiguen; siempre les preocupa el futuro que tratan de construir y que no saben cómo resultará su obra, aunque piensan que debe ser buena para la humanidad de la cual están investidos.

Llegados a este punto, puedo arriesgar una definición brumosa que sería la siguiente: “es navegante de inmensidades quien puede imaginar el todo y la nada al verse en presencia de un escenario portentoso e incommensurable”.

Seguiremos pues escribiendo poesía y filosofía, buscando en el arte y la reflexión las claves de un mundo que se nos escapa, a través de las ideas que tenemos de Dios y de nosotros mismos. ■

BIBLIOGRAFÍA

- (1) Wade, N. (2008). *Before the dawn*. Nueva York, EE. UU.: Penguin Random House.
- (2) Domínguez, N. A. (2008). Comentario del libro: *Before the dawn*. *Boletín del Centro Naval*, N° 820.
- (3) Scheller, M. (1943). *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- (4) Domínguez, N. A. (2012). *Sarmiento, los ríos y el mar argentinos*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Publicaciones Navales.
- (5) Sábato, E. (1948). *Uno y el universo* (2^{da} ed.). Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- (6) Pabón, S. De Urbina, J. M. (1967). *VOX: Diccionario Manual Griego-Español*. Barcelona, España: Editorial Biblograf S. A.
- (7) Pierce, J. R. (1971). *Ciencia, arte y comunicación*. Buenos Aires, Argentina: EUDEBA.
- (8) Descartes, R. (1945). *Obras filosóficas*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- (9) Kovadloff, S. y Lichter, A. (2009). *Un manifiesto por la vida del mar*, ilustrado por Liniers (1^{ra} ed.). Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- (10) Domínguez, N. A. (1996). *Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Publicaciones Navales.
- (11) Hernández, J. (1969). *Martín Fierro*. Buenos Aires, Argentina: Cultural Argentina S. A.
- (12) Del Campo, E. (1844). *Impresiones del gaucho Anastasio El Pollo*. Buenos Aires, Argentina: Publicación en favor de los hospitales militares.
- (13) Reggini, H. (1998). *Los caminos de la palabra. Las telecomunicaciones de Morse a Internet*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Galápagos.
- (14) Sagan, D. (1994). *Un punto azul pálido. Una visión del futuro humano en el espacio*. Barcelona, España: Planeta.
- (15) Domínguez, N. A. (2014). *Por una civilización ecoética*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Publicaciones Navales.
- (16) Guyot, C. (27 de mayo de 2012). Aprender a aprender en un océano de data. *La Nación*. Buenos Aires, Argentina.
- (17) Cretaz, J. (31 de mayo de 2012). Internet será tres veces más rápida. *La Nación*. Buenos Aires, Argentina.
- (18) Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Barcelona, España: Penguin Random House.
- (19) Domínguez, N. A. (1990). *Satélites Tomo 1: 1^{ra} etapa tecnológica naval y su incidencia en la Guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Publicaciones Navales.
- (20) Mainz Vallerilla, E. (1993). *Fundamentos de la meta-técnica* (1^{ra} ed.). Barcelona, España: Gedisa.
- (21) Domínguez, N. A. y Bloch, R. (2010). *Una imagen espacio-política del mundo*. Colaboración de M. J. Espona y F. J. Ohanessian (1^{ra} ed.). Buenos Aires, Argentina: Dunken.
- (22) Kirk, G. S. y Raven, J. E. (1981). *Los filósofos presocráticos* (1^{ra} ed.) (3^{ra} reimp.). Madrid, España: Gredos, Biblioteca Hispánica de Filosofía.
- (23) Massuh, V. (1976). *Nihilismo y experiencia extrema*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- (24) Negroponte, N. (1995). *Ser digital*. Traducción de Dorotea Plaking. Buenos Aires, Argentina: Atlántida.
- (25) *Op. cit.* (21)
- (26) De Rosnay, J. (1977). *El macroscopio. Hacia una visión global*. Madrid, España: Editorial AC.
- (27) François, C. (1992). *Diccionario de Teoría General de Sistemas y Cibernética, Conceptos y Términos*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones GESI y Asociación Argentina de Teoría General de Sistemas y Cibernética (División argentina de la International Society for the Systems Sciences).
- (28) Heidegger, M. (1977). *El ser y el tiempo* (párr. 35-40). Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Es navegante de inmensidades quien puede imaginar el todo y la nada al verse en presencia de un escenario portentoso e incommensurable.